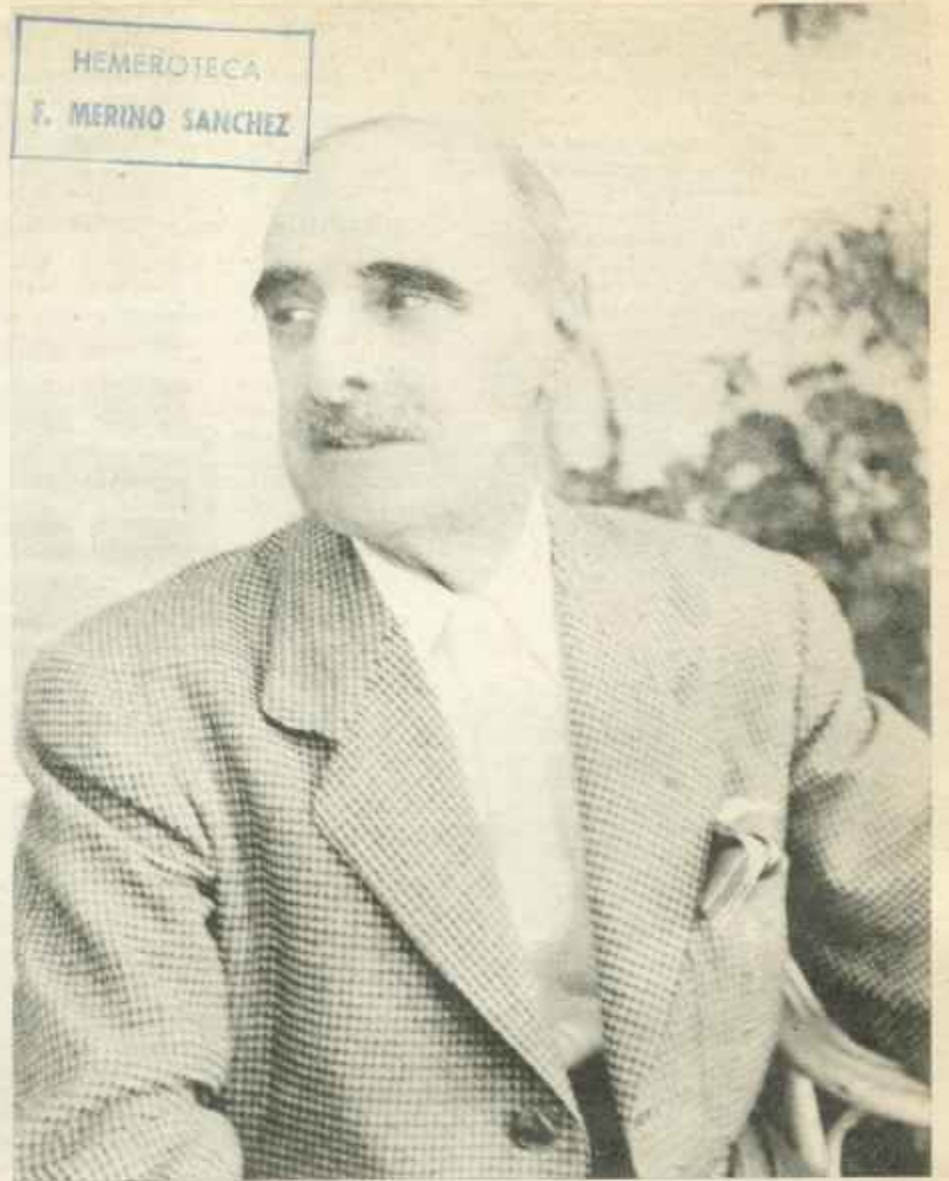


Lausanne en 1939



Última fotografía de don Francisco Cambò. Febrero de 1947



1930. Cambò al dar cuenta a la prensa de la constitución del Partido de Centro, que él presidía. En la foto se distingue al duque de Maura, Silló, Goicoechea, Piniés.

de una represión lenta. Cada día que se prolongue más de lo debido, significará miles de votos a favor de las izquierdas en las próximas elecciones».

Otras veces decía: «Un pueblo no es un gran pueblo hasta que posee una capacidad inmensa de perdón y de reconciliación».

Recuerdo que en aquel entonces se reunía con Javier Ribó y conmigo, los más jóvenes de su despacho, los domingos por la mañana, y nos íbamos a pasear por la montaña de Montjuich, que consideraba un poco como suya, puesto que sus jardines se habían proyectado bajo sus orientaciones, y había sido él quien decidió establecer allí la Exposición Internacional, no sin vencer grandes oposiciones. Y nos hablaba extensamente de la vida y de sus ideales, a la vez que nos aconsejaba cariñosamente. Después, Ribó y yo resumíamos el contenido de nuestras conversaciones y se lo mostrábamos, a fin de que nos confirmara si habíamos interpretado fielmente su pensamiento.

Cuando los periódicos adversarios le atacaban, nos decía: «Siempre que me he encontrado frente al dilema de sacrificar mi popularidad o traicionar mi conciencia, no he dudado nunca un solo momento: he sacrificado mi popularidad».

Tanto como le incomodaba el halago personal, despreciaba el fácil y habilidoso recurso de adular a las multitudes para atraérselas. Decía: «Los directores de un movimiento político no se han de dejar llevar por las masas, sino que han de asumir solos la responsabilidad de la dirección. Pueden ser arrinconados por la masa, pero no se han de someter nunca a sus exigencias».

En otra ocasión nos advertía:

«No hagamos ninguna promesa que no podamos cumplir. Trazar un programa amplísimo es muy sencillo. Lo difícil es darle forma concreta y realizarlo».

Cambó era un enamorado de la política de unidad. Como político eminentemente constructivo, creía que gobernar es crear, y se lamentaba ante la inevitable división de los partidos en derechas e izquierdas. Y nos recordaba lo que él había dicho en el Congreso de Diputados el año 1918: «La lucha entre derechas e izquierdas tiene toda la morbosidad de las cosas imprecisas, de las cosas vagas, de las cosas inconcretas, en las cuales cada uno quiere llenar el vaso de contenido ideológico, del que carece, situando en él todas sus prevenciones, todos sus rencores y todas sus ilusiones. Y una lucha entre derechas e izquierdas sostenida dentro del Parlamento es la esterilidad del Parlamento, y una lucha de derechas e izquierdas llevada a la opinión y sostenida en la calle es la guerra civil y nada más que la guerra civil».

Cambó tuvo, hasta la hora de su muerte, una gran pasión política, una inmensa pasión política. Pero, consciente del momento en que vivía, se inspiraba siempre por lo que, a su juicio, constituía el mejor servicio a la patria. En una carta desde Buenos Aires de 6 de febrero de 1946, me decía: «No esperen encontrar en mí un líder político. Yo sé el esfuerzo que se necesita para ello y, por desgracia, sé que no puedo hacerlo. Tener un cargo que no se puede ejercer con toda la fuerza es una acción perturbadora. Yo deseo ser siempre un colaborador, no un perturbador».

Cada día se sentía más unido a una idea política basada en los sentimientos de fe y de patria, que fueron siempre fundamentales en toda su actuación, contra lo que intentó sostener una falsa leyenda.

En una carta me recordaba unas palabras suyas de una conferencia que pronunció en el Teatro del Centro de Madrid, el 10 de abril de 1920: «Suprimid a la organización política más perfecta, el elemento espiritualista, y ella misma se desgasta, se destruye, se corroe inmediatamente. Los valores espirituales no tenemos que inventar-

los: los dos valores que han regido y han salvado a la humanidad y que han inspirado nuestra civilización, que está en crisis, son un ideal religioso para la vida futura y un ideal patriótico para la vida actual».

Recuerdos y anécdotas de la Argentina

El año 1946 me llamó para que fuera a visitarle a la Argentina. De aquel viaje guardo en mi cuaderno de memorias unas notas que voy a transcribir para terminar este artículo.

«He encontrado a don Francesc maravillosamente bien. Algunos dicen que ha envejecido. A mí no me lo parece. No hay que olvidar que ha cumplido ya 70 años y que siempre ha estado delicado. Se cuida mucho, toma muchos potingues, es el hombre de la preocupación por las corrientes de aire... Pero lo encuentro como siempre. Este año todos han tenido la gripe menos él. Anda tieso y con paso rápido. Se ha quitado la barba. Tiene el gesto camboniano que todo el mundo conoce. Impresiona su presencia. Habla despacio, midiendo las palabras, pero con energía y concisión. Tiene la mirada penetrante como en sus mejores épocas. Su cultura es extensa y completa. Cuando él habla, todo el mundo calla y escucha atento. Un día, en un gran hotel de Alta Gracia, provincia de Córdoba, a 800 kilómetros de Buenos Aires, después de almorzar se formó un corro de huéspedes, todos amigos, a la hora de tomar café. La mayoría de ellos eran ex políticos contrarios al régimen imperante en la Argentina. Le hurgaron para que hablara y Cambó elevó la conversación de tal forma que el silencio en aquel salón se hizo impresionante. Sus palabras caían como si fuesen sentencias eternas que salieran de un ser sobrenatural. Todos estaban impresionados. Parecía que con un látigo iba fustigando a las clases conservadoras del país por su inconsciencia. «Habéis abandonado a Perón —decía— y Perón ha prescindido de vosotros y no ha tenido otro remedio que lanzarse en brazos de los que le han querido ayudar. No habéis sabido prever lo que pasaría, y ser político no es ser espectador de los acontecimientos, sino anticiparse a ellos y regirlos. Vosotros no habéis querido rectificar en nada. Yo siempre he proclamado mi perfectísimo derecho a seguir rectificando, porque soy un ser racional que piensa y, al pensar, revisa sus propias obras. Política es intervención, es fe. Sólo el hombre que tiene fe puede ser político. Y a través de la política debemos buscar el engrandecimiento de la patria, su bienestar, su riqueza. Yo, que soy español y regionalista catalán, les digo siempre a mis amigos: ¿De qué os serviría alcanzar con vuestro esfuerzo la libertad si la pobreza os privara de serviros de ella? Sobre un pueblo decadente y pobre no se asientan ideales elevados. Y la política, si no se siente como consecuencia de un ideal noble, es el más repugnante de los vocablos».

«Aquella gente escuchaba a Cambó seducida e impresionada. ¿Por qué no pensáis en vuestra patria en lugar de pensar en vuestro partido?»

«La tertulia terminó y Cambó se retiró a descansar. Los comentarios, unánimemente, eran encomiásticos. Yo me quedé triste, muy triste. Mi patria tampoco supo aprovechar a aquel hombre.»

De aquel viaje tengo anotadas muchas conversaciones. Un día, en una tertulia en casa del maestro Falla, de quien Cambó se había hecho un gran amigo, hablamos de política. Cambó decía, refiriéndose a Cataluña y al País Vasco: «El separatismo en los pueblos es como el suicidio en los individuos: es un acto de desesperación, casi de irresponsabilidad. Se es separatista como se es suicida, en un momento de pesimismo, de debilidad, de agotamiento. El separatismo es resolución de débiles y de cobardes».

Su regreso a la patria

Cambó vivió en la Argentina con la ilusión de regresar a la patria, encontrarla renacida y morir en ella. Dios no lo quiso. Murió la víspera de la fecha que tenía señalada para partir hacia España. Sus restos descansan en América, aunque esperamos verlos enterrados aquí, en Cataluña, bien al lado de los de su padre o de su madre, tal como dejó ordenado en sus últimas disposiciones testamentarias. Quienes fuimos testigos directos tanto de su grandeza como de su patriotismo a prueba de incomprensio-

nes e ingratitudes esperamos también que nuestro pueblo, que ha sabido siempre honrar la memoria de sus hijos más preclaros, sabrá también perpetuar en forma tangible el recuerdo agradecido de quien fue uno de los políticos más eminentes de toda su historia, mecenas generoso, ciudadano enamorado de la tierra que le vio nacer y patrio siempre solícito en la conservación y acrecimiento del patrimonio cultural que nuestros mayores nos legaron.

NARCISO DE CARRERAS

"DESTINO". N.º 1804
Barcelona, 29-V-72

HEMEROTECA
F. MERINO SANCHEZ

DE LO VIVIDO

Jesús Pabón

Estoy en mi casa del Viso; muy cansado; vivo las últimas horas de una jornada abriente y trabajosa. Me llama, por teléfono, desde Barcelona, Salvador Millet y Bel. Millet habla con el susvísimo tono que emplea para imponer su voluntad.

—¿Recibió la carta de Vergés sobre el número que dedicarán a Cambó? ¿Por qué no escribe aquella anécdota parlamentaria del «siga, siga» que tan-

to gustaba a Solervicens? Será una cosa breve, pero vivida. No se preocupe. No me llame. Le llamaré yo.

Recibi, efectivamente, la carta de Vergés. Vergés confía en que le complazca, como hice siempre: Vergés me anuncia unas letras de Narciso de Carreras. Son demasiados nombres amigos —la sombra queridísima de Solervicens también— para oponerles mi incapacidad respecto a cualquier quehacer extraordinario.

Me atenderé a la sugerencia de Millet: algo corto, pero vivido. No sé si acertaré a contar la anécdota para quienes no conocieron la vida parlamentaria liberal; los conocedores de esa vida lo entenderán, por muy torpe que sea la narración.

La anécdota es personal, lejana, sin importancia; salvo para mí, que la recuerdo siempre.

Cambó con los periodistas, después de evacuar consulta en la crisis de 25 de abril de 1934.



Lo escribí en ocasión anterior, confirmando observaciones ajenas.

En las Cortes de la Segunda República —al menos en las que yo viví, elegidas a finales de 1933— ya no era posible la oratoria grande, aquella que tenía en sí una finalidad, como creación literaria: la de Donoso Cortés, Castelar y Vázquez de Mella, según la clasificación de Alcalá Zamora, último parlamentario que la empleó con éxito. Yo no ol nunca a don Niceto en las Cortes de la República. La imposibilidad de la oratoria grande se comprobaba ahora en el anacronismo de otra elocuencia auténtica: la de don Melquiades Alvarez.

Era no sólo posible, sino necesaria, aquella oratoria que Marichal ha llamado «de cabecera de banco azul»; suponía una formación cultural; era caudalosa, esto es, abundante de ideación y fluida de palabras; mantenía el tono superior y dominante del que se cree autorizado a gobernar; así habían hablado Cánovas del Castillo, Canalejas y Azaña. La suerte de las Cortes de 1933 estuvo determinada, en buena parte, por el anacronismo de Lerroux gobernante, que no podía continuar la serie.

Salvo en la cabecera del banco azul, era preciso «hablar en plata»; es decir, con una oratoria destinada a exponer, a convencer, a mover; debía ser clara y eficaz; se basaba en el dominio del tema, en la agudeza del argumento, en un orden que servía a la intención. Hablaron así, en las Cortes de la Monarquía, don Santiago Alba y don Francisco Cambó. Por eso resultaron actuales, sin esfuerzo alguno, en las Cortes de la República.

El diputado joven y novel, salvo excepciones, hablaba, espontáneamente,

en plata. No había, para él, cuestión alguna en la adaptación de la palabra, ya fuese la suya buena o mala. Su problema era otro, viejo y conocido.

Para el diputado novel había un momento decisivo: el de su primera intervención. La comparecencia previa en la parte menor de «ruegos y preguntas» podía servir de entrenamiento, pero no suprimía el trance. El diputado novel tenía la conciencia de que, como parlamentario —como político quizá— se lo jugaba todo en él. En la tradición oral de la Casa no se recordaba —no se solía recordar— la enmienda de un fracaso inicial, y se transmitía la pintoresca serie de los comienzos que se convirtieron en finales. La convicción había ganado previamente al debutante y le dominaba en el peligroso paso.

De suyo, era bien difícil. Para el éxito o el fracaso jugaban muchos factores, previsibles o no. El «experto parlamentario» era aquel que ya los dominaba todos. El debutante tenía en cuenta un juego muy sencillo, entre el Gobierno, la mayoría que le apoyaba y las minorías que formaban la oposición. En su composición de lugar, y entre las muchas realidades que no tenía en cuenta, estaba el presidente de las Cortes, lógicamente moderador de la oposición y protector del Gobierno: le olvidaba tan pronto le había concedido la palabra. De donde la intervención del presidente desde su altura —llamada al orden, recuerdo de un precepto, advertencia respecto al tiempo— solía constituir una sorpresa para el orador; y la sorpresa era inmensa para el que inter-

venía por primera vez. Un diputado, paisano y correligionario mío, solía decir: «Cuando el presidente interrumpe a un debutante, éste se queda como si se le hubieran caído los pantalones». Situación en que, según creencia transmitida, se vio, en ocasión famosa, el conde de Esteban-Collantes.

Voy a lo que iba; yo también fui debutante. Muy poco dado al empleo público de la palabra oral, venía utilizándola por necesidad y frecuentemente, sin prescindir de la cuidadosa preparación que me exigía, ni superar la gran desazón del ánimo que me hacía padecer.

Todo, en la ocasión, se conjugó para hacer más penoso el caso. Yo iniciaba un debate sobre las asociaciones estudiantiles de la Universidad. Diputado de la mayoría, debía interpelar duramente al ministro del ramo, sin producir fricción alguna con el Gobierno. El ministro, andaluz, colega y amigo mío, me hizo conocer previamente su extrañeza y su pesar por la anunciada interpelación. La ocasión resultó desfavorable. Adelantada imprevistamente la hora del debate, las presencias eran distintas de las convenientes para mí. La Cámara se hallaba alterada por un incidente inmediatamente anterior, y absolutamente distraída y ajena respecto al tema que yo planteaba.

Recuerdo que fue eso lo primero que logré en un planteamiento riguroso del problema: la atención de la Cámara. A determinada altura de la intervención, interiormente serenado, entré en la relación, breve, clara y abrumadora de hechos y datos. Eran ellos el motivo del debate y el fundamento de mi intervención.

Entonces la voz del presidente de

las Cortes me interrumpió. Después —poco después— me expliqué el caso con la misma claridad con que ahora lo veo. En la medida en que la interpelación iba bien, al ministro le iba muy mal. (En las Cortes Constituyentes, don Julián Besteiro, que era la cortesía personificada, preguntó a un debutante, embarullado por la emoción: «¿Su señoría está consumiendo un turno en pro o un turno en contra?»)

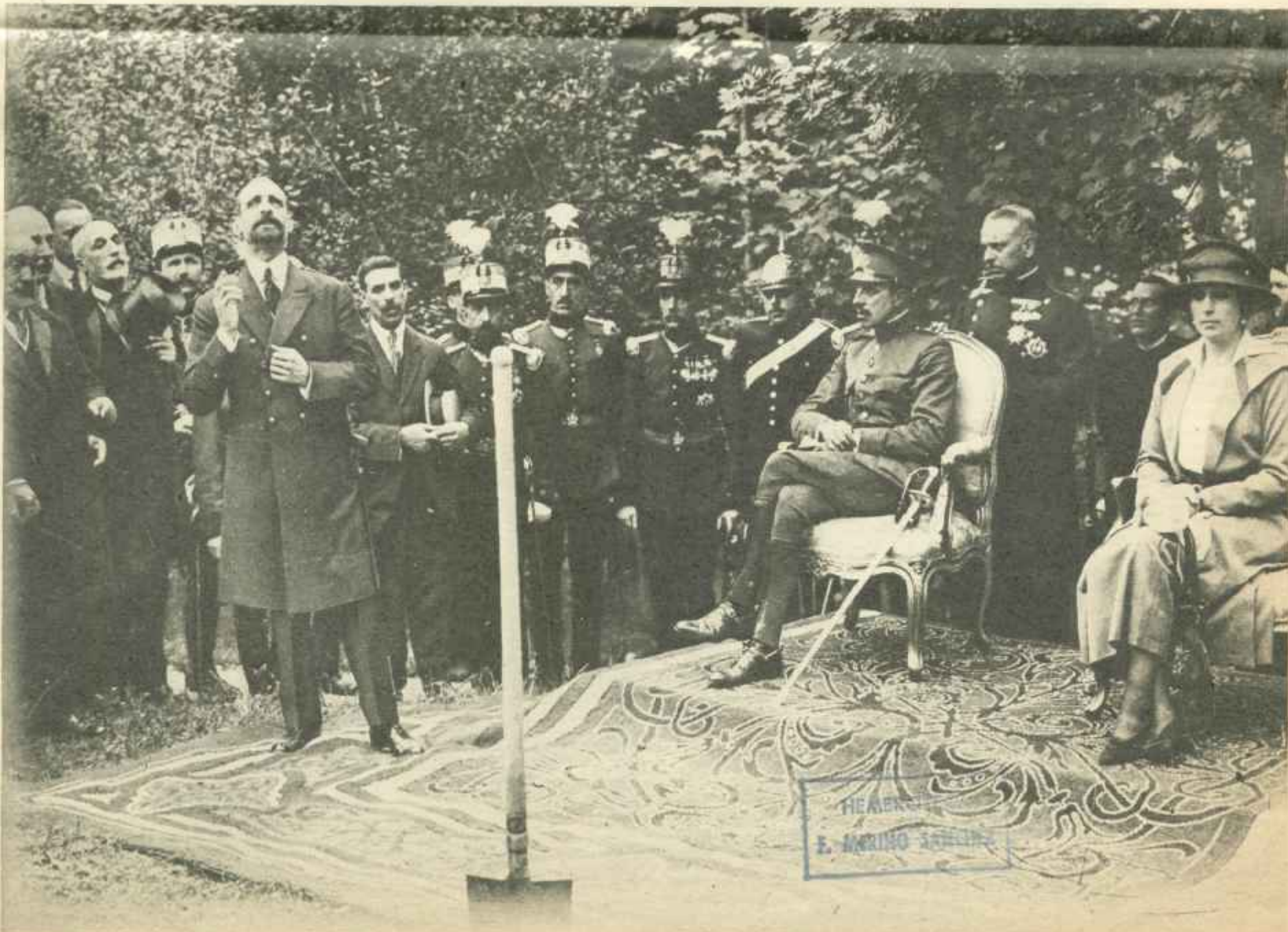
El presidente, ahora, me llamaba la atención sobre el tiempo, en relación con el ritmo de mi exposición y con el número de diputados que me seguirían en el debate; debía yo abreviar para no rebasar la medida del turno, cuya prolongación la Presidencia no podría consentir. También lo vi después, como lo veo ahora; era lo único de que podía sentirme absolutamente seguro: la medida del tiempo, practicada siempre.

Ni sé —ni supe— si la voz del presidente de las Cortes utilizó entonces aquel defectuosísimo micrófono, que unas veces turbaba su dicción clarísima y otras hacía que le oyésemos por la claraboya. Tampoco sé si la otra voz utilizó su micrófono o forzó su radical afonía.

Fue un instante que no necesita descripción porque el tópico le sirve: ese de sentirse perdido o del vuelco del corazón. La otra voz, cerca y detrás de mí, dijo: «¡Siga, siga! ¡No haga caso!». Cuando le miré, Cambó ratificó sus palabras con un gesto imperativo.

Yo seguí, y terminé. Y he seguido, y sigo aún, aquí y allá, siempre que me veo obligado a hablar, con la confianza que me proporcionaron aquellas palabras decididas e inolvidables.

1918. Discurso de Cambó ante los reyes en Covadonga (Asturias) en el acto conmemorativo de la Reconquista.



CAMBO, O EL ESPIRITU QUE PERSISTE

Ensayo de miniantología

Salvador Millet i Bel

No se pretende, en el presente ensayo, resumir lo que pensaba Cambó sobre cada uno de los problemas políticos, económicos o sociales de la época que le tocó vivir. La tarea no sólo sería ardua, sino también poco eficaz —quiere decir poco aleccionadora— no sólo por la sencilla razón de que problemas iguales o parecidos tienen hoy planteamientos muy distintos, sino también por la razón —que considero fundamental— de que Cambó, siempre atento al momento y a la circunstancia, le daría, asimismo, soluciones distintas. No se trata, pues, de ofrecer al lector las soluciones que Cambó proponería a los grandes problemas que hoy nos preocupan, sino, simplemente, de descubrirle el espíritu con que Cambó los enfocaría. Si, de acuerdo con Sciacca, admitimos que «espíritu» significa, ante, todo, anhelo y trascendencia, deseo subrayar que lo único que he pretendido aquí es hacer ver cuál es el gran anhelo que movió la actividad de Cambó a lo largo de su vida, cual es la «espiritualidad específica» que trasciende por encima de su incansable y diverso quehacer.

Habiendo escrito Cambó indistintamente en catalán y en castellano, he dudado sobre la conveniencia de efectuar las citas en cada uno de los idiomas originales. Sin embargo, en aras a la difusión que tiene el presente pe-

riódico en tierras no catalanas, me he decidido a darlas todas en castellano, pero indicando de forma expresa el idioma original con que fueron escritas o pronunciadas.

POR ENCIMA DE TODO, HOMBRE CIVILIZADO

Yo me siento catalán, hondamente catalán. Yo me siento español. Pero más que español y catalán, yo me siento hombre civilizado, con el deseo de vivir donde impere la normalidad de la vida civil, donde existan leyes y autoridades que las hagan cumplir y que defiendan el libre ejercicio de los derechos que las leyes nos reconocen. El día que llegara al convencimiento de que esto es imposible de conseguir en España, yo me sentiría más extranjero que en cualquier otro país civilizado del planeta.

(Discurso en catalán en el Centro Catalanista de Gerona. — 24-9-1916.)

GRANDEZA DE CATALUNA Y DE ESPAÑA

¿Hay alguien que pueda pensar por un momento que la grandeza de Cataluña puede chocar, puede lastimar en algo el progreso y la vida y la dignidad de España? Si alguien pensara eso, cometería el mayor de los sacrilegios. Yo no he podido sospechar nunca que Cataluña y España pudieran ser cosas contrapuestas. Si un día yo pudiera pensarlo, ese sería el día más triste de mi vida, porque vería comprometido para siempre el porvenir de Cataluña.

(Discurso al Congreso. 8-2-1907.)

ESPAÑOLISTA

... Pero he de decir al señor conde de Romanones que cuando yo pasé estas puertas y juré mi cargo, prometí considerarme en todos los momentos como un diputado español y legislar para toda España.

(Discurso al Congreso. 24-2-1904.)

CONTRA EL MONOPOLIO DEL PATRIOTISMO

Nosotros no consentiremos jamás, no acataremos jamás que se estanque el patriotismo, que se establezca el monopolio, que se crea como una secta, como una religión, y todos los intentos de querer acaparar el patriotismo español producirán en nuestro espíritu profunda repugnancia y una íntima protesta.

(Discurso al Congreso. 1-7-1916.)

CATALANISTA

Yo me pregunto como catalanista, porque catalanista soy desde el día que empecé a tener uso de razón. Soy catalanista y autonomista y no soy separatista.

(Discurso en catalán, en San Feliu de Guíxols. 17-4-1910.)

LA MAYOR GRANDEZA DE ESPAÑA

Creo yo, señores diputados, que todo el problema está en saber si la realidad catalana es compatible, no ya con la realidad española, sino con la mayor grandeza de España. Y yo os digo que no solamente es compatible, sino que es consustancial; que yo no comprendo la grandeza de España sin la acentuación de una realidad catalana que aporte al pensamiento general español el esfuerzo de nuestra individualidad.

(Discurso al Congreso. 30-11-1934.)

CONTRA EL CENTRALISMO

Así como al centralizar, el Estado se fue apartando de España, a medida que se vaya descentralizando, que se vaya vigorizando la vida local española, el Estado se irá aproximando a España.

(«El Pensamiento Español». 1917.)



Dibujo de Bagaria.

REGIONALISMO

... Decid a las demás regiones que no les tenemos odio, que nuestro odio va dirigido a todo lo que nos separa de ellas. Decidles que queremos una España dentro de la cual los castellanos sean muy castellanos, los andaluces muy andaluces, los catalanes muy catalanes...

(Discurso en catalán, en Barcelona. 20-10-1906.)

Cuanto más fuertes sean las regiones, más fuerte será España.

(Discurso en catalán, en Figueras. 1-3-1914.)

ANTISEPARATISTA

... he rechazado constantemente el separatismo, y no por considerarlo delito, sino por estimarlo un absurdo.

(Discurso al Congreso. 16-3-1922.)

REGIONALISMO CONTRA SEPARATISMO

El separatismo en los pueblos es como el suicidio en los individuos: es un acto de desesperación, casi de irresponsabilidad. Se puede ser separatista, como se puede ser suicida, en un momento de pesimismo, de debilidad, de agotamiento. Pero, ¿cómo puede conducir al separatismo un movimiento que es todo lo contrario, que es todo fe, que es todo optimismo, que es todo esperanza?

(Discurso al Congreso. 8-11-1907.)

EL CATALAN EN LA ESCUELA

No se le quite al niño la lengua que le es propia, porque ello es quitarle el carácter.

(Discurso en catalán, en Barcelona. 28-9-1913.)

DEFENSA DEL IDIOMA

Un pueblo que no se exprese en su idioma es un pueblo que se va muriendo por dentro.

(Conferencia en Donostia. 15-4-17.)

DIVERSIDAD DE IDIOMAS

El día que todos los pueblos, menos uno, sacrificaran su lengua materna y no se hablara, en todo el mundo, más que un solo idioma, yo no niego que acaso se conseguirían algunas ventajas de orden material; que el viajar y el comerciar sería más fácil y más cómodo. Pero el día que se produjera esta catástrofe, la vida espiritual de la humanidad experimentaría un retroceso inmenso.

(«La valoración de la pesseta», en catalán. 1929.)

EL CATALAN Y EL PORTUGUES

Yo me atrevería a pedir aún más... y es que se regulara la enseñanza oficial española de forma que ningún español ilustrado ignorase el idioma catalán y el idioma portugués.

(Discurso al Congreso. 8-6-1916.)

SIEMPRE REALISTA

Yo, por principio, no soy ni centralista, ni autonomista, ni imperialista; yo soy siempre realista.

(Intervención en el Congreso. 27 de octubre de 1907.)

SIEMPRE DISPUESTO A RECTIFICAR

... si en cuanto a doctrina no he temido que rectificar nada (si algo tuviera que rectificar lo haría yo claramente), en cuanto a procedimientos he confesado ya muchas rectificaciones. Porque, señores diputados, yo no tengo a desdoro rectificar; lo hago con grandísima honra. Los hombres políticos tenemos el deber de amoldar en todos los momentos nuestros actos y nuestras palabras a nuestras convicciones. Pero al formar una convicción y al exponerla no renunciamos a la facultad de pensar en lo sucesivo, y pensar quiere